


# Iván Vallejo, con alas en los pies.

*La insignificancia  
de alcanzar la cima.*



**FOTOGRAFÍAS:**  
AFUERA PRODUCCIONES

**TEXTO:**  
DIEGO CAZAR BAQUERO



**Hace** poco cumplió 63 años. Iván Vallejo ha elegido vestir una camisa estampada con pequeñas figuras de flores y un pantalón amarillo que parece un terrón arrancado de los colores de la tarde quiteña. "Estoy muy feliz de estar en el sexto piso —suelta de entrada el único ecuatoriano que ha conquistado las 14 montañas más altas del planeta sin ayuda de oxígeno—; cuando estuve en el tercer piso viví a lo bestia; luego el cuarto piso fue extraordinario porque subí los 14 ochomiles. Y luego, el quinto y el sexto piso han sido como la cosecha de este camino que hice, capitalizando las equivocaciones que cometí".


Iván luce unas cuantas pulseras de colores. De su cuello cuelga una piedra tibetana de color marrón con vetas tan blancas como su recortado cabello. Se la compró a una mujer en Katmandú para hacerse un regalo por haber cumplido con su Desafío 14.

—A ratos estoy en riesgo de desubicarme —confiesa, y toca la piedrecilla de su cuello como si de un amuleto se tratara— y me digo: 'hey, no te pierdas las lecciones de la vida'.

El 1° de mayo de 2008 este montañista ambateño completó los 14 ochomiles luego de once años de imprimir férrea disciplina a cada segundo de su vida. Once años de enfrentar fracasos, frustraciones, dolor físico e incluso miedo a morir. Hoy se dedica a impartir conferencias sobre su experiencia y acompaña procesos de terapia de crecimiento personal.

¿Tuviste alguna vez un momento de frustración que te haya hecho pensar en dejar el desafío de los 14 ochomiles?

—En el Kangchenjunga, la tercera montaña más alta del mundo, porque había hecho cuatro intentos y en el cuarto nos quedamos a 300 metros de



*"El cuarto piso fue extraordinario porque subí los 14 ochomiles. Y luego, el quinto y el sexto piso han sido como la cosecha de este camino que hice."*



la cumbre. Muy agotador, porque habíamos escalado hasta 8.350, ieso es altísimo! La sexta montaña más alta del mundo mide 8.201, es decir que yo estaba por encima de esa cumbre. Y es frustrante cuando no logras la cumbre porque el clima se daña. No por ti, tú estás bien, sino porque el clima te da palo.

Ese había sido el cuarto intento fallido y para Iván surgió la posibilidad cierta de regresar a Ecuador, devolver la mitad del dinero que le habían confiado sus auspiciantes y dar por terminado el proyecto con solo once ochomiles conquistados.

—Pero esa decisión estaba siendo tomada desde las tripas —reconoce ahora—, desde la frustración y desde la rabia, y nunca vas a tener una buena solución desde la rabia y desde las tripas. ¡Nunca! Las frustraciones normalmente te llevan a una pregunta preciosa: ¿de qué estás hecho?  
—¿Y de qué estás hecho tú, Iván?  
—Estoy hecho de mucho optimismo, de mucha confianza en mí mismo y de ser consecuente con las promesas que propongo.

Iván estaba muy cansado ese día. Había llegado a los 8.350 msnm y había descendido de nuevo a los 7.850 sin haber comido casi nada. Estaba mal hidratado y molesto. Pero esperar unas horas, replegarse y darse un respiro le devolvió la sensatez que se le estaba escabullendo.

—Por último, voy a regresar al Ecuador —se dijo— y, si es que en este quinto intento no lo logro, voy a tener la fuerza moral de decir que hice todo lo que estaba a mi alcance.

Pero por fortuna la quinta fue la vencida. En su bitácora, Iván registró el momento en el que sintió el impulso como uno de los más jubilosos de su carrera deportiva:

“Con el plan listo arranco a escalar y en ese momento siento una suerte de alas en los pies, estoy casi a 8.500 m y subo volando”.

Y al llegar a la cima:

“Una fuerza interior hace que me arrodille —escribió—; acomodado a cuatro patas delicadamente beso la cima y arranco a llorar como un niño. Llora, llora muchísimo, con sollozos, abrazo y acaricio al punto más alto de esta montaña de 8.586 metros diciéndole mientras tanto: ¡Gracias, gracias querido Kangchenjunga, yo aquí insignificante ser humano!”.

Iván llora a menudo y sin pudor, pero esa ocasión fue, quizá, la más apasionada. ¡Llorar de rodillas!

—¿Cuál es la ocasión en la que más suelto se fue tu llanto?

—Uno de los llantos más largos y más profundos que me pegué fue cuando terminé los 14 ocho-

*“Estoy hecho de mucho optimismo, de mucha confianza en mí mismo y de ser consecuente con las promesas que propongo.”*



miles. Pero la vez que llegué a la cima del Kangchenjunga y lloré de rodillas, estoy llorando de rodillas abrazado a la montaña, ¡es precioso! El año pasado, llegando a la cima del Tocllaraju, qué llanto más explosivo, tan lindo que fue, así pero muy abundante... Me considero superamoroso, superdetallista, y soy un ser humano muy afectivo. Yo no le tengo miedo a llorar. Si es que hay que llorar de alegría lloro, si es que hay que llorar

de gratitud lloro, si es que hay que llorar de felicidad lloro, viendo una película yo sí lloro. Me parece extraordinario que pueda expresar lo que siento, como lo siento y en ese momento.

—El llanto está asociado con el dolor también y tal vez por eso es como algo que tendemos a negar. ¿Cómo vives tú el dolor?

—Le abrazo, pues. El llanto y los lutos hay que vivirlos, porque el luto mal vivido te va a pasar



*"Mis grandes maestros son los errores que he cometido. Siempre son tus grandes maestros aquellas equivocaciones que son parte de tu vida."*



factura todo el tiempo. El llanto, el luto y el enojo los tienes que vivir bien, tienes que desgastarlos para pasar la página.

Cuando Iván tenía ocho años quiso ser torero. Su madre le preguntó qué necesitaba para serlo y ese pequeño y soñador Iván le respondió convencido: "¡Una muleta!". Mamá mandó a hacer una muleta y se la entregó, pero años más tarde, un Iván ya adolescente había cambiado de parecer. Ahora anhelaba convertirse en montañista, así que su madre esperó unas semanas hasta que llegara su cumpleaños para obsequiarle un juego de cubiertos para *camping*.

—¿Cuáles son tus mayores maestros?

—Hay varios. Fundamentalmente, en esta universidad de la vida es la montaña. Luego tengo muy cerca a mi madre, con todos sus aciertos y sus desaciertos, porque uno es padre por prueba y error, y mi mami siempre me hizo creer que todo es posible. ¡Maravilla! ¡Una sabiduría de mi vieja extraordinaria! Siempre me dio permiso para las montañas. Siempre me daba la bendición.

—¿Cuántos años tenías la primera vez que fuiste a la montaña?

—12 años. Y fue al Inliza Norte.

—Tu madre te estaba dando una lección al darte las alas...

A los 17 años, Ivan Vallejo ya se había convencido. Un buen día, mientras se entrenaba para hacer cumbre en el Chimborazo, sus entrenadores le sugirieron que debía subir primero al Cotopaxi. Pero luego de tres intentos no lo consiguió. Sobre el manto de nieve sus pies llegaban casi a congelarse. Las botas que llevaba eran las que usaban los guardias de seguridad, así que cuando su madre

lo supo, le ofreció una solución: un trabajo para las vacaciones.

—Dos meses trabajando. El primer mes trabajé en una fábrica de reglas de madera en Ingaurco, limpiando la madera, y el segundo en una imprenta, en la editorial Tungurahua, armando las planchas de plomo. 70 sucres me gané. Mi vieja me regaló los 30 restantes. ¡100 sucres y me compré mis botas!

—¿El miedo es también un maestro?

—Sí, por supuesto. El miedo es, sobre todo, un elemento que te sirve para espabilarte y tomar las mejores decisiones. Y luego mis grandes maestros son los errores que he cometido. Siempre son tus grandes maestros aquellas equivocaciones que son parte de tu vida. Por eso es que disfruto ahora del sexto piso, porque regreso a ver lo que he hecho, lo que he aprendido.

—Hay quien dice que la montaña es como la vida. Muchos creen que cuando llegan a la cumbre ya cumplieron, pero bajar es el verdadero desafío. A tus 63 años cumplidos, ¿hallas una metáfora entre la vida y la montaña?

—Esta similitud tan intensa, tan grande, tan fuerte, que dice que el ascenso a una montaña es el camino de la vida, creo que es una de las analogías más grandes que el ser humano puede encontrar en un deporte. Me he puesto a pensar y creo que el único deporte que se acerca un poquito a esta analogía es el ciclismo de alto rendimiento. Más o menos, nomás, porque en el ciclismo todavía tienes a la gente que te recibe en la meta o pasas por los pueblitos en el Giro de Italia y todo el mundo te hace loas y te saca una bandera. En la montaña no te saca la bandera nadie. Vos solito te haces la barra. Y esa es la vida. En



la vida tienes tu familia que te puede hacer barra, pero siempre la vida te propone ciertos momentos en los que estás solo y te toca a ti solito hacerte barras. Para mí la metáfora que se arma entre la montaña y la vida es extraordinaria. Entonces, la cima tómatela con calma porque todavía no has terminado.

Mientras Iván me decía esto, una minúscula araña apareció entre los dos. La luz de la tarde iluminaba sus rojizas patas tejedoras aunque no alcanzaba a alumbrar el hilo que manipulaba. Parecía que estuviera andando en el aire.

—¡Qué bonito! ¿Dónde estará el hilo? —se interrumpió Iván, deslumbrado con la escena— ¡Qué maravilla, es una crack, la verdad, ese es el verdadero Hombre Araña. ¡Qué lindo, mira esa maravilla! ¡Qué bestia, qué perfecto es el universo,

mira ese juego! ¡Y sabiendo que me gusta escalar se aparece la araña! —¡Qué hermosa! —exclamé también, sorprendiéndome distraído por las labores de esa pequeña criatura.

—Este es el único deporte en el que la cima no significa todavía que lo hayas logrado, tienes que bajar para volver a casa —retomó la charla Iván sin perder de vista a la araña.

—Me gustaría pensar en ese niño que llevas dentro y que se nota que lo llevas muy vivo. ¿Qué le dices tú ahora a ese niño llamado Iván Vallejo?

—De hecho, tengo al frente de mí, en la parte más importante de mi escritorio, un Pinocho que me compré en Italia, y el Pinocho es para recordarme que no me pierda en la vida con tanta seriedad, que siga dándome ese regalo del niño que tengo por dentro, porque a ratos podemos llegar a cierto punto en la vida en que te vuelves así



*"Para mí la metáfora que se arma entre la montaña y la vida es extraordinaria. Entonces, la cima tómatela con calma porque todavía no has terminado."*



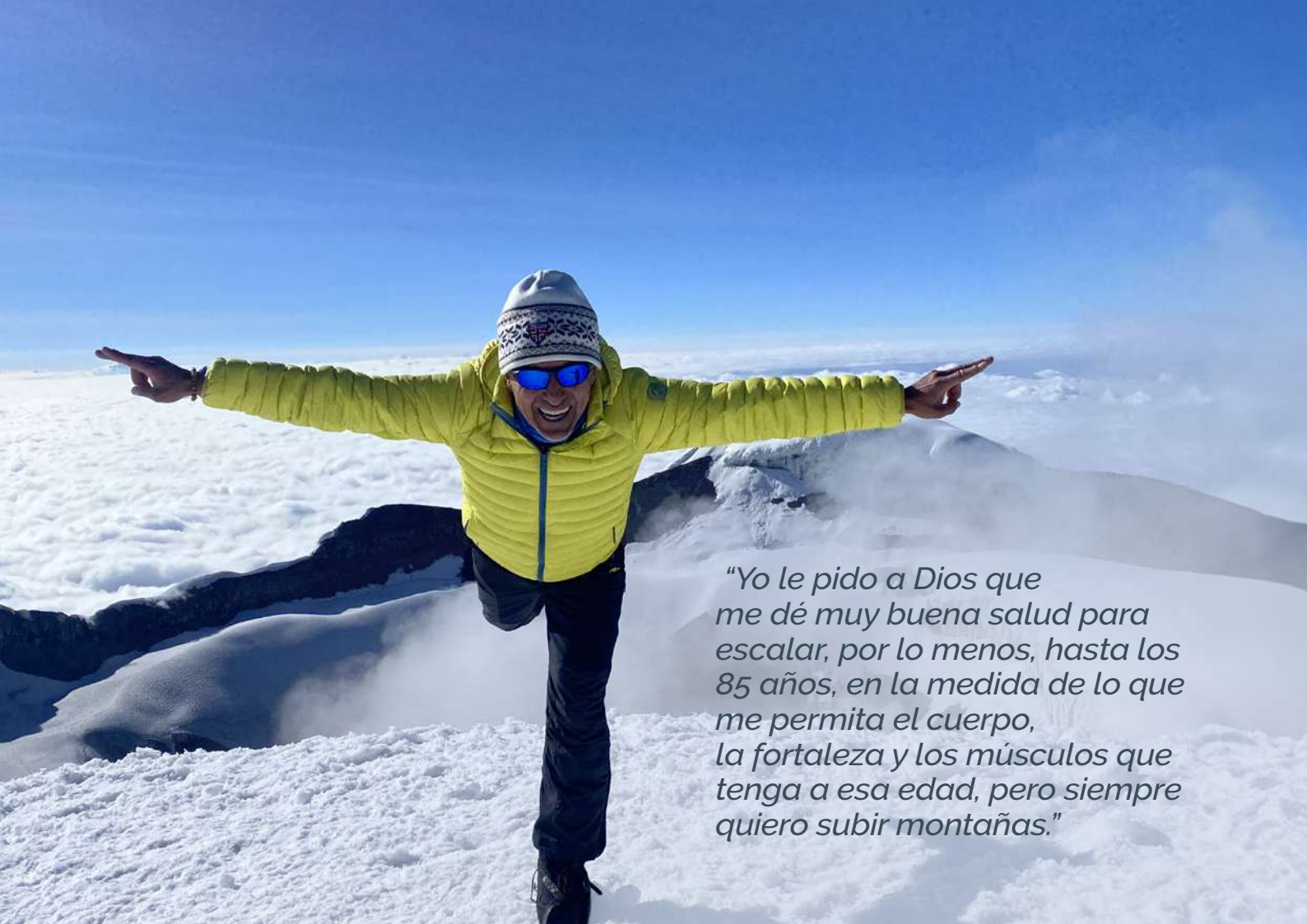
como muy serio. ¡Que Dios me guarde! Yo a mi niño interior sí le saco a pasear con frecuencia y creo que me ayuda mucho la montaña, porque la montaña es un jardín lindísimo. ¡Vamos, vamos a la montaña, ¿a qué vamos a jugar? ¡A llegar a la cumbre! ¡Vamos a jugar a llegar a la cumbre! Este lindísimo regalo de tenerle vivo a mi niño interior en muy buena parte es por la montaña. Y creo que uno de los elementos tan lindos y característico de los niños es la capacidad innata de asombro que tienen. El momento en que los adultos dejamos de sorprendernos se pierde el niño interior. Cuando das todo por sentado.

### **Dios mediante**

En 1995, Iván Vallejo inició un ciclo que todavía no se ha cerrado. En su afán por alcanzar los Himalayas, quiso escalar el Pumori, con 7 161 msnm, pero no lo logró, pues solo el permiso para subir costaba alrededor de 2 000 dólares. Pero la vida es tan generosa, da las vueltas en esa bella dinámica que tiene y hoy, gracias a Dios, puedo volver. El Pumori es su meta final en 2023, porque antes, hay cinco viajes en agenda: uno a la Cueva de Los Tayos —una formación geológica ubicada en la Amazonía sur de Ecuador, con una oquedad de 70 metros de profundidad a la que solo se puede acceder a rapel—; luego irá a México, a España y a Estados Unidos, para luego volver a Perú, “la meca de las montañas de Sudamérica”. Solo después de esa preparación, hacia septiembre u octubre, el montañista ambateño planea cerrar ese círculo que hace 38 años se abrió. Dos meses después habrá cumplido 64 años.

Iván se entrena todos los días. Hace bicicleta, camina, medita y hace ejercicios. Por las noches lee mucho, como si los libros de su biblioteca le reclamaran ser devorados. Pero subir montañas es algo que se le parece a volar. Después de haber llorado de emoción en las cumbres más altas y más exigentes del mundo, piensa en las de su país. Extiende sus brazos y sus dedos señalan al horizonte, mira a su alrededor los árboles del parque donde estamos, los edificios de departamentos de su barrio, los postes de luz y los molestos cables colgantes, pero al hacerlo, a Iván Vallejo le crecen alas en los pies, mira más allá y enumera esas cumbres que desfilan en la escena de su mente: el Ilaló, las montañas de Mojanda, el Pasochoa, el ‘Coto’, el Cayambe, el Antisana, el Chimborazo... “Yo le pido a Dios que me dé muy buena salud para escalar, por lo menos, hasta los 85 años —suelta, con la expectativa del niño Iván que va a comprar otra vez sus primeras botas—; en la medida de lo que me permita el cuerpo, la fortaleza y los músculos que tenga a esa edad, pero siempre quiero subir montañas”.

Iván Vallejo es, con certeza, uno de los ascensionistas más experimentados del mundo. Pero vuelve a enfrentarse a una cumbre conocida con el asombro de la primera vez; nada parece suficiente para él. “En el planeta hay tantas montañas por subir, tantas cordilleras por conocer”, anuncia y continúa alimentando sus sueños de alcanzar cimas. Esos sueños, esas cimas siempre posibles.



*“Yo le pido a Dios que me dé muy buena salud para escalar, por lo menos, hasta los 85 años, en la medida de lo que me permita el cuerpo, la fortaleza y los músculos que tenga a esa edad, pero siempre quiero subir montañas.”*



**Julbo®** 

PUSHING  
THE SUMMITS